

La teología en la formación monástica¹

Sumario

Introducción

El monasterio en la sociedad intercomunicada moderna: esta coexistencia plantea muchos interrogantes. Las respuestas deben ser válidas teológicamente. Qué cantidad y qué clase de teología necesitan los monjes y monjas en el contexto de su formación monástica.

1. Teología

Teología y espiritualidad son a menudo contrapuestas hoy día. Esto no ayuda mucho. Tanto el discurso teológico como el camino espiritual tienen que ser evaluados según como se refieran a la realidad vivida.

La teología puede ser entendida como una verbalización siempre renovada de la experiencia de Dios y su transmisión (tradición). En los monasterios se busca hacer siempre este tipo de teología, y ello es muy necesario hoy.

¹ El P. Malfèr es monje benedictino y actualmente abad de la Abadía San Martín, Muri-Gries, Bozen, Italia. La traducción de la conferencia: abad Martín de Elizalde, osb.

2. *El tiempo de formación hasta la Profesión*

El tiempo que va hasta la profesión (final) es un tiempo de prueba y de formación. Se debe esclarecer la vocación, practicar el estilo de vida monástico y reflexionar sobre él. Nadie debería hacerlo por debajo de su nivel intelectual. No sólo se deben integrar las emociones, también el intelecto.

3. *Un programa teológico de formación*

La formación en la vida monástica está orientada hacia una toma de decisión en la Profesión y hacia los requisitos de una participación responsable en la vida de la comunidad monástica. De aquí surgen cuatro áreas de interés que necesitan ser elaboradas teológicamente:

- a) Profesión
- b) vida en una comunidad de «hermanos» bajo la *Regla* y un Abad
- c) *Opus Dei*
- d) *lectio divina*

Conclusión

Los monjes y monjas, gracias a su formación teológica deberían ser capaces de responder de su vocación ante la sociedad -y si lo hacen con pasión teológica no será ciertamente un perjuicio-.

Introducción

Como nos lo ha mostrado Dom Dominic Milroy, el hecho que coexistan el jardín del monasterio y el TGV, el tren de alta velocidad, nos plantea muchas preguntas. Y el P. Jeremy Driscoll nos explicó que esto conduce a

un cuestionamiento personal, que exige respuestas personales, si uno de los viajeros desciende del tren y se interna en un viaje muy diferente por el interior del monasterio.

Cambiar de un tren de alta velocidad al monasterio, junto con el hecho que la vida ordenada de un monasterio benedictino debe tener en cuenta la cada vez más frecuente cercanía del TGV, todo esto juntamente ofrece una respuesta en la vida misma a las inevitables preguntas de la existencia.

El trabajo teológico es para elaborar, formular, reflexionar y vivir estas preguntas y respuestas, o al menos, se trata de un trabajo que es preciso que sea tenido en cuenta teológicamente. De aquí resulta la pregunta acerca de la cual versa esta tercera contribución: ¿Qué cantidad y qué clase de teología necesitan los monjes y las monjas en el contexto de su formación monástica?

Con estas preguntas surgen tres áreas que deseo considerar a continuación: (1) teología; (2) el monje / la monja en su camino hacia la Profesión, y, finalmente; (3) la forma y la medida de la teología en un programa de formación.

1. *Teología*

Todos conocemos hermanos que, después de su último examen de teología, están felices sobre todo porque ya no tendrán que ocuparse con la teología por el resto de sus vidas. Aunque haya excepciones, hay en nuestros monasterios una actitud difundida que no siente gran aprecio por la teología. No está cerca de la vida, es abstracta, y sobre todo, no es una ayuda para la vida espiritual. Este juicio no alcanza solamente a la teología dogmática, que busca aprehender y presentar sistemáticamente la doctrina tradicional, pero ha tocado durante mucho tiempo también a la hermenéutica y la exégesis crítica de los textos fundamentales, ya sea la Biblia, los libros litúrgicos o los escritos de los Padres. Este disgusto por la teología contrasta con los elogios de la espiritualidad.

Teología no - espiritualidad sí; esta es una actitud difundida también entre nuestros estudiantes de teología.

La oposición entre teología y espiritualidad no es algo nuevo. Pero verlas como opuestas entre sí no ayuda. Una teología sin perspectiva espi-

ritual es de tan poco provecho como una espiritualidad sin base teológica. Los criterios con que se debe medir a ambas es su relación con la realidad. Quiero explicarlo brevemente.

La fe cristiana afirma que aprehende la verdad sobre Dios, la humanidad y el mundo. Esta aprehensión comienza con la crisis de la conversión. En ella, es inevitable darse cuenta, (1) que lo que es, no debería ser como esto; (2) que no es verdad lo que yo pensaba; (3) que no he hecho lo correcto. Aprehender la verdad acerca de Dios, la humanidad y el mundo encuentra su expresión más plena en la confesión que el Padre nos creó, el Hijo nos redimió y el Espíritu Santo nos santificó, y en la alabanza y la adoración del Dios Trino y Uno -Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo-.

Uno puede ver esto de manera diferente, resumiéndolo desde la perspectiva de la libertad. La fe cristiana ve tanto la libertad de Dios como la libertad de la humanidad en el marco del pecado de la humanidad, que separa para la muerte, y del amor eterno de Dios, que reconcilia para la vida eterna. La división fue obra de Adán, la reconciliación nos viene por Jesucristo.

En alguna parte, entre la crisis de conversión y la plegaria de adoración, entre la culpa y la reconciliación, se sitúa la vida del cristiano, como debe hacerlo, en su forma propia, la vida del monje. En la Iglesia y en el monasterio la fe cristiana reviste la forma histórica de un proceso tradicional. Se trasmite lo que se recibe. La proclamación debería llevar a la conversión, y el convertido se siente urgido a participar en la liturgia comunitaria. El capítulo segundo de los *Hechos* de los Apóstoles presenta esta secuencia, ciertamente con un propósito paradigmático, de la aparición de la Iglesia como una realidad histórica. El Espíritu que se apoderó de los apóstoles y les dio el poder de predicar, es concedido a los que se han convertido como resultado de esa predicación.

La experiencia de conversión y nuevo nacimiento, de revelación y fe, de consuelo y esperanza, de libertad y amor, y todas las otras formas de la experiencia de Dios, requiere que se diga con palabras. Busca y precisa la comunicación por el lenguaje. «Verbalización» es el término que se emplea en la ciencia moderna de la comunicación para este hecho tan antiguo. La necesidad de verbalizar es parte de la experiencia misma: *No podemos dejar de proclamar lo que hemos visto y oído*, es la respuesta de Pedro a la prohibición de predicar por parte de los sumos sacerdotes (*Hch* 4, 20). Como tampoco los que se aman pueden permanecer en silencio y rehusar

el anuncio «te amo». El *Cantar de los Cantares* de Salomón ha sido siempre un texto favorito para los místicos.

Verbalizar es, pues, constitutivo de la Iglesia, así como lo fue en la experiencia de Dios de los israelitas. La Sagrada Escritura, o mejor, las Sagradas Escrituras, es para nosotros normativa, como la verbalización inspirada de lo que llamamos «Historia de la salvación». Y en cuanto esta historia de la salvación del mundo se prolonga en la Iglesia, la experiencia de esta historia exige una verbalización siempre renovada a lo largo de cada generación, o de cada nuevo grupo, que se «incorpora» a la comunidad de la Iglesia (*Hch* 2, 47).

La verbalización de la experiencia existencial es una acción sumamente compleja. El fin de esta verbalización no está contenido en sí mismo, más bien pretende mantener viva la experiencia original despertándola siempre de nuevo. «De nuevo» significa en un contexto nuevo, personal, cultural e histórico. «Inculturación» y «modernización» por un lado, «tradicionalismo» y «fundamentalismo» por el otro, pero también «segunda conversión» y «etapa de la vida» son palabras corrientes que apuntan al problema de esta contextualidad. La verbalización puede ser también confusa, ininteligible y hasta falsa. La figura del falso profeta y del hereje es bien conocida. La verbalización de la experiencia existencial debe ser probada en la realidad viva.

Todas las teologías, comenzando con la práctica de la *lectio divina* en los monasterios, y hasta la catequesis, la predicación y la enseñanza, llegando a la elaboración de *Summae*, manuales y diccionarios, tienen su origen en la verbalización que es el acompañamiento necesario de las expresiones episódicas de la Tradición en la Iglesia, y en la problemática de esa verbalización.

La verbalización consiste en la transmisión fiel de la experiencia vivida, y a través de esta verdad se hacen posibles nuevas experiencias. Esto es lo que los monjes esperan, por ejemplo, cuando quieren hacer suya en la *lectio divina* la verbalización de la experiencia de Dios contenida en las Escrituras, de modo que se encuentren en resonancia con esta experiencia. La experiencia se distingue de la ilusión porque abre la realidad de la vida, cuando es necesario la cambia, y de este modo pone los fundamentos de una nueva realidad.

La verbalización de una experiencia existencial, y en particular, la religiosa, lleva ahora a expresiones que están relacionadas con la humani-

dad, el mundo y Dios en su misterio inconmensurable, y por eso no pueden probar su verdad, aunque sí pueden reflejar y dar testimonio de la verdad. Son expresiones que contrastan con la apariencia y su propia realidad, mientras que su realidad es garantizada por los testimonios de una vocación y aún por su misma existencia. Pero también, inversamente, es el caso que se dé responsablemente un testimonio de la vida que se presenta como contrario a la realidad aparente, al apuntar (por la profesión de fe) a una verdad que se encuentra más allá de la realidad visible. La dependencia mutua de la profesión de fe y el testimonio de vida, tiene valor también para la Iglesia en su conjunto. Lo que ella cree y profesa debe ser también vivido y celebrado. Encontramos esto en las fórmulas teológicas dobles, como «fe y moral» (= sacramentos), «*doctrina et disciplina*», etc. Los monasterios son, desde este punto de vista, testigos institucionales de una particular acentuación de la profesión de fe de la Iglesia. La forma de vida del monje surge de esto, que la realidad se define para él por el hecho que el Crucificado vive como el Señor, que su Señor lo llama (a él), que el Señor está porvenir, que la duración de la vida es un tiempo de gracia, etc.

La teología que ha existido siempre en la Iglesia y por la Iglesia, en diferentes manifestaciones al principio, se ocupó y trata con la profesión de fe y con el testimonio de vida. Primero, trata del lenguaje y sus conceptos, en los que, por la proclamación del evangelio y la alabanza de Dios, lo que ha recibido se trasmite en el tiempo y entre los pueblos, del ayer al mañana, de uno a otro (predicación y catequesis, himnología e iconografía, profesar la fe y enseñarla, etc.). Segundo, con formas o estructuras institucionales, la proclamación y la alabanza serán garantizadas de manera fidedigna o presentadas de nuevo (la inspiración de las Escrituras y el magisterio, orden y disciplina de la Iglesia, sacramentos, liturgia, etc.).

En la escolástica, la teología es el cuerpo (*Summa*) de conocimientos acerca de este proceso de tradición. Semejante conocimiento es necesariamente contextualizado, para dirigir el proceso de tradición y poder enseñar los contenidos de la tradición. Con las reformas del concilio de Trento, la teología se convierte en el conocimiento profesional de los clérigos que, por la ordenación, cumplen el ministerio de sacerdote y de pastor, y por supuesto de obispo. Esto sigue siendo así hasta la opción teológica tomada por «*Sapientia christiana*», la Constitución apostólica que reglamenta desde 1979 el estudio de la teología en la Iglesia Católica.

La teología se ha desarrollado siempre en diálogo con la cultura res-

pectiva. Un problema particular del trabajo teológico hoy radica en el hecho de que ni la cultura de la «aldea global», ni las culturas de las microregiones pueden ser representadas por una filosofía que las defina uniformemente, sino que se precisan muchas disciplinas científicas para dar la información definitiva sobre la gente y su mundo. Esta es la base cultural del así llamado pluralismo teológico.

Por su parte, los monjes siempre han reflexionado teológicamente acerca del proceso de la transmisión y la formación que constituye su forma de vida. Ellos quieren entender y hacer entender a los demás que esta forma de vida es a la vez expresión de su experiencia particular de Dios y una ayuda en la búsqueda de la experiencia de Dios. Y aún hoy, en nuestros monasterios no podemos dejar de hacer esta reflexión. Debemos ser capaces de explicarnos a nosotros mismos y a los nuevos que llegan, lo que hacemos y sobre la base de qué experiencia y desde qué punto de vista y con qué esperanza, lo seguimos haciendo. Esta explicación no puede ignorar las objeciones y las dudas de nuestro tiempo y de nuestro contexto cultural propio. El huésped que llega con el tren de alta velocidad debe ser capaz de experimentar que no somos objetos de un museo al aire libre, sino que estamos «en el ámbito del monasterio y en la estabilidad de una comunidad» (RB 4, 78), en un camino, en un viaje interior, espiritual, que es para nosotros algo corriente, aunque a los demás les parezca anticuado.

2. El tiempo de formación hasta la profesión

Nos limitaremos aquí a la etapa de la formación que va desde el ingreso al monasterio hasta la profesión solemne. En muchos casos la formación monástica es oscurecida por la preparación para el sacerdocio. Volveremos sobre ello en la parte 3ª, al tratar del programa formativo. Restringámonos ahora a la tarea de la formación monástica.

La persona que ingresa en el monasterio, llega con su propia historia, sus experiencias, su carácter y sus talentos. En la medida en que actuará en el monasterio de manera diferente a como lo hizo antes, su ingreso en el monasterio se verá como una ruptura con su pasado. La entrada en el monasterio va acompañada con un fuerte deseo de cambiar, pero también por la exigencia de regular su cambio para hallar el modo de vida apropiado para poner en práctica su vocación. En este cambio de vida, al que contri-

buye la formación monástica, no deben ser eliminadas las particularidades de su carácter, ni descuidados sus talentos. El proyecto de vivir como monje de un monasterio es una tarea de integración. La teología y la espiritualidad monásticas han visto y se han ocupado con este esfuerzo de integración, bajo el aspecto de la virtud de la humildad.

La integración de las emociones, impulsos y talentos, se da en el monasterio de acuerdo al procedimiento conocido como «aprende haciendo». El novicio asume una forma de vida, no porque ya lo ha comprendido, sino porque confía que, practicándolo y haciéndolo suyo, será capaz de esclarecer su vocación y entender su significación. Esta práctica es al mismo tiempo una prueba acerca de la forma de vida, si es apropiada, las barreras que se presentan y si, finalmente, a través de todas las confrontaciones, lleva a la paz, felicidad y dilatación del corazón. La *Regla* de San Benito habla explícitamente del carácter de prueba de este tiempo, que llega hasta la profesión, y ofrece criterios para el discernimiento: «Si verdaderamente busca a Dios, si es solícito para la Obra de Dios, la obediencia y los oprobios» (RB 58, 7).

Entre los talentos del novicio está su inteligencia. La capacidad intelectual de los que ingresan es muy variada, por cierto. Artistas y artesanos, administradores y docentes, hombres y mujeres, tienen su forma propia de inteligencia. Es de una importancia decisiva que nadie reciba una formación monástica por debajo de su nivel intelectual. Porque así como no se puede vivir permanentemente yendo en contra de sus emociones e impulsos, tampoco se puede vivir descuidando las exigencias de la inteligencia. La espiritualidad o la piedad no deberían ser un argumento para recortar el pensamiento. En el contexto de la explicación de la humildad, la *Regla* cita el *Salmo* 14, en que la inteligencia y la búsqueda de Dios se encuentran juntas. La vida monástica no debería ser solamente algo con sentido, debe ser capaz de ser comprendida, demostrada y justificada en su razón.

Esa parte de la formación de los monjes que encara cuán significativo es lo que se hace y se vive en el monasterio, es la parte teológica de la formación. Debe ser repensada en muchos aspectos y organizada de una manera nueva. Como una consecuencia del hecho de que nuestros noviciados son a menudo pequeños y no siempre hay continuidad en ellos, que los novicios llegan con una experiencia muy variada de la vida y diferente educación, así como de distintas edades, para cada nuevo noviciado se tiene que delinear su propia formación teológica. Hay que buscar nue-

vas soluciones cuando los novicios con una formación académica desean permanecer como hermanos laicos. El *curriculum* de los estudios teológicos, que en última instancia está orientado hacia los futuros sacerdotes, es en semejantes casos, desde el punto de vista de la vida monástica concreta, insatisfactorio.

3. Un programa teológico de formación

Quiero ahora presentar brevemente cómo elaborar la parte teológica de un programa de formación monástica. Es una mera sugerencia, para estimular la discusión. El punto de partida son las exigencias concretas de la vocación monástica. Estas características deberían poder ser objeto de reflexión responsable de parte del monje, de acuerdo a su capacidad intelectual. La formación prevista se dirige, por una parte, hacia una clarificación de la decisión personal por profesar, por la otra, hacia la participación en la vida de la comunidad como un miembro responsable del capítulo. Surgen de esto cuatro áreas para elaborar teológicamente: (a) profesión; (b) vida en una comunidad de «hermanos» bajo la *Regla* y un Abad; (c) *Opus Dei*; y (d) *lectio divina*.

(a) Después del tiempo de prueba de la etapa de formación viene la decisión madura de hacer las promesas de la profesión: estabilidad, vida monástica y obediencia - con la esperanza que el Señor que llama aceptará al que se ofrece, le concederá vivir conforme a su palabra y no permitirá que su esperanza sea confundida (RB 58)-. Con esto van indicadas varias consideraciones teológicas. Se refieren a la vocación y a la relación personal con Dios que fluye de ella, descrita por la *Regla* como amor de Cristo, al que nada se ha de preferir. Tratan de aspectos tan controvertidos como pobreza, celibato, humildad y obediencia, y todo lo que comprende la estabilidad. Son cuestiones relativas a la antropología teológica, a la teología de los votos y de la vocación cristiano-monástica.

(b) Con la profesión, el monje se convierte en miembro del capítulo. Se hace responsable por la comunidad. Está preparado para reconocer la *Regla* y la autoridad del abad, asumir tareas y servicios, y contribuir con su trabajo al sostenimiento de la comunidad. Se pide consideración y respeto por los demás, en cuanto que son hermanos, obediencia mutua y prontitud

para perdonar cada día, y finalmente «el buen celo» (RB 72). Con esto se dan una serie de temas teológicos que deben ser alcanzados, por ejemplo, una eclesiología diaconal aplicada al monasterio, y la visión de que es posible en el Espíritu tener una comunidad constituida por «personas débiles» (RB 27, 6). La guía para esta parte del programa de formación teológica es seguramente la *Regla*. Por ella, la comparación con la tradición en la que se encuentra y que la produce, se vuelve también una guía.

(c) Un aspecto de la vida de la comunidad monástica que presenta desafíos especiales para el análisis teológico es el *Opus Dei*, la oración coral y, en casi todos los monasterios, la misa conventual. La teología del rezo de los salmos, de la eucaristía y del año litúrgico, son indicados aquí. El misterio de la creación, redención y santificación puede ser visto en esto, y considerado en la forma de una *mistagogia* y catequesis, en constante profundización.

(d) La tradición monástica a la que pertenecemos le da una significación especial a una relación viva con Dios en la *lectio divina*. Las Escrituras son como la fuente de la vida espiritual, de la cual se ha de recibir continuamente. En esta *lectio*, la confrontación con el texto, que de ninguna manera quiere decir una asimilación rápida y directa, es un desafío muy grande. La verbalización de la experiencia de salvación, que me enfrenta con el texto de las Escrituras, es preciso que sea iniciado con paciencia y se convierta en algo personal. Al mismo tiempo, se ha de aceptar con gratitud la ayuda de los demás, que se han esforzado por interpretar esos textos.

Véamos aquí los métodos de exégesis escriturística indicados -un campo muy controvertido de la teología de hoy-. Quisiera insistir explícitamente en que, al tratar acerca de las Escrituras, la piedad no se debería confundir con una simplicidad elemental. Las materias teológicas que se precisan aquí son la hermenéutica bíblica, la exégesis y la patrología.

Durante el tiempo de formación monástica, se puede deducir un programa de educación teológica de los cuatro aspectos mencionados de la vida de la comunidad monástica, orientado a satisfacer las necesidades y emplear los talentos de cada joven monje o monja. Como un paréntesis podemos decir que mucho de esto pertenece también a la formación permanente.

Una palabra más acerca del método de la teología en el contexto de la formación monástica. No se trata solamente de concebir una teología

monástica como algo diferente de la escolástica o de la teología moderna. En general, es una reflexión teológica contemporánea sobre los fundamentos de la vida monástica. Esta teología es contemporánea si se realiza en un diálogo abierto. En diálogo tanto en el interior de nuestra propia tradición cristiana, como con la tradición monástica de las demás religiones, y con la vida de nuestro tiempo, como se presenta en la psicología, la sociología o la antropología cultural.

Cuando nuestros monjes jóvenes tienen también una vocación sacerdotal, están obligados por la disciplina general de la Iglesia a cursar un mínimo de seis años de teología. Pueden seguir estos cursos en un seminario, en una escuela teológica monástica o en una facultad de teología. Las tres clases de formación teológica se encuentran en los monasterios benedictinos. La Confederación tiene la responsabilidad de San Anselmo, que ofrece una educación teológica de nivel académico de acuerdo con las normas de la Constitución apostólica «*Sapientia christiana*» (1979).

Cómo integrar los intereses concretos de una teología de la vida monástica en estos sistemas formativos, sigue siendo una cuestión pendiente. Es evidente que las facultades tienen cierta libertad para organizar sus programas y su *curriculum*; sin embargo, las normas de «*Sapientia christiana*» son bastante rígidas.

Pienso, sin embargo, que ya ha llegado el momento de revisar los programas y *curricula* de nuestras escuelas y facultades teológicas, y con energía creativa y libertad académica, reconocer el hecho de que nuestros estudiantes no se están preparando solamente para el presbiterado, sino que, la mayoría, están en un proceso de formación monástica. Es este también el caso cuando han hecho ya profesión solemne, o se disponen a profesar durante el tiempo de sus estudios teológicos. La mayor flexibilidad en este campo se encuentra ciertamente en el Instituto Monástico de San Anselmo, y sería deseable que los profesores y los estudiantes lo aprovecharan al máximo.

Conclusión

Después de su formación monástica y teológica, la persona que ha dejado el tren de alta velocidad para ingresar en el monasterio, volverá a

subirse al TGV, al menos, si es abad, para participar en el Congreso de Abades en Roma. Espero que, gracias a su educación monástica, será capaz de mostrar, en la conversación con sus compañeros de viaje, y después también a sus cohermanos en el Congreso, que sabe lo que está viviendo y por qué. Y si al mismo tiempo aflora algo de pasión teológica, ello no será por cierto un defecto.

Abtei Muri-Gries
I-39100 Bozen 4 (BZ)
Italia